



UNIVERSIDAD
SANTO TOMÁS
TUNJA
UNIVERSIDAD HUMANISMO - 1912

Quaestiones Disputatae

ISSN: 2011-0472 - IBN Publindex Categoría C / ISSN 2422-2186 (En Línea)



UN SUJETO LÍQUIDO EN UNA SOCIEDAD LÍQUIDA*

A LIQUID SUBJECT IN A LIQUID SOCIETY

Diego Orlando Serna-Salazar²

José María Siciliani-Barraza³

Información del artículo

* Artículo científico presentado en el contexto del Doctorado en Humanidades, Humanismo y Persona de la Universidad de San Buenaventura de Bogotá como parte de las actividades académicas allí desarrolladas.

* Artículo Recibido 03/11/2025 – Aceptado 03/12/2025

Cómo citar este artículo: *Serna-Salazar, D.O. y Siciliani-Barraza, J.M. (2024). Un sujeto líquido en una sociedad líquida. Quaestiones Disputatae, 17 (35), 14-33.*

² Doctor en Humanidades, Humanismo y Persona de la Universidad San Buenaventura de Bogotá, Magister en Educación y Profesional en Teología de la Universidad Javeriana, Especialista en Gerencia de Instituciones de Educación Superior y Licenciado en Filosofía de la Universidad Santo Tomás.
Contacto: dosernas@usbbog.edu.co

³ Doctor en Estudios Medievales, Université de Paris IV (Paris Sorbonne), Doctor en Teología, Institut Catholique de París, Magister en Teología, Institut Catholique de París, Licenciado en Filosofía y Licenciado en Teología de la Universidad de San Buenaventura de Bogotá. Docente titular de la Universidad San Buenaventura de Bogotá y de la Universidad de la Salle de Bogotá. Contacto: jsiciliani@usbbog.edu.co

Resumen

El presente artículo analiza los principales rasgos del sujeto contemporáneo a partir del concepto “modernidad líquida”, acuñado por Zygmunt Bauman. Teniendo como base la intuición heraclítica del cambio constante, se estudian las más importantes notas características de la actual sociedad. Con base en pensadores mundialmente reconocidos como el Papa Francisco, Byung-Chul Han, Gilles Lipovetsky, Luis Duch, entre otros, se busca demostrar cómo la metamorfosis cultural, social y tecnológica que hemos vivido en las últimas décadas, ha diezmado la solidez de los vínculos y de los compromisos humanos, así como de las instituciones sociales más representativas. Esta situación ha dado lugar a la aparición de personalidades frágiles e individualistas, a relaciones humanas débiles y de fácil terminación, a una cultura de consumo desmedido y de descarte y a una religiosidad y espiritualidad sincrética y desinstitucionalizada. No obstante, el texto reconoce también signos esperanzadores en las nuevas generaciones al encontrar en ellas una capacidad innata de construir redes colaborativas y una maravillosa creatividad que desafía los modelos rígidos de una, si así se le puede llamar, “modernidad sólida”. En conclusión, el artículo ofrece una lectura crítica pero igualmente esperanzadora de nuestro tiempo, de esta sociedad que, aunque signada por la fugacidad y el miedo, aún conserva el potencial de reinventarse desde la libertad, la creatividad, la colaboración mutua y la búsqueda de sentido.

Palabras clave: Modernidad líquida, Sujeto líquido, Relaciones y amores líquidos, Compromisos líquidos, Individualismo, Desechabilidad, Religiosidad líquida.

Abstract

This article analyzes the main features of the contemporary subject based on the concept of “liquid modernity” coined by Zygmunt Bauman. Drawing on Heraclitus’s intuition of constant change, it explores the most distinctive characteristics of today’s society. With reference to internationally renowned thinkers such as Pope Francis, Byung-Chul Han, Gilles Lipovetsky, and Lluís Duch, the study seeks to show how the cultural, social, and technological metamorphosis experienced in recent decades has undermined the solidity of human bonds and commitments, as well as of the most representative social institutions. This situation has given rise to fragile and individualistic personalities, weak and short-lived human relationships, a culture of excessive consumption and disposability, and a syncretic, deinstitutionalized religiosity and spirituality. Nevertheless, the text also identifies hopeful signs among younger generations, in whom it discovers an innate capacity to build collaborative networks and a remarkable creativity that challenges the rigid models of what could be called a “solid modernity.” In conclusion, the article offers a critical yet hopeful reading of our time—a society that, although marked by transience and fear, still preserves the potential to reinvent itself through freedom, creativity, mutual collaboration, and the search for meaning.

Keywords: Liquid modernity, Liquid subject, Liquid relationships and loves, Liquid commitments, Individualism, Disposability, Liquid religiosity.

Introducción

A comienzos del segundo milenio, el sociólogo Zygmunt Bauman publicó una de sus obras más emblemáticas, *Liquid Modernity*. En ella acuñó el concepto de ‘modernidad líquida’, expresión que marcaría un hito en el pensamiento contemporáneo y se convertiría en un referente universal para comprender la sociedad de finales del siglo XX y comienzos del XXI. Este término encierra, entre otras, la idea de que vivimos en una sociedad en constante transformación, donde las estructuras, instituciones y normas han perdido la estabilidad y solidez de antaño; un mundo en el que los vínculos, los compromisos y las relaciones humanas se han vuelto cada vez más efímeros y flexibles; una sociedad que prioriza el consumo y la gratificación inmediata por encima del esfuerzo, el sacrificio y el arduo trabajo; en fin, una ‘sociedad líquida’ que no mantiene una forma fija o determinada, sino que se va acomodando -y sin mayores resistencias como el agua-, a las circunstancias cada vez más cambiantes del entorno. Esta intuición de Bauman ya había sido anticipada varias décadas atrás por el Concilio Vaticano II que en la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* afirmaba:

El género humano se halla en un período nuevo de su historia, caracterizado por cambios profundos y acelerados, que progresivamente se extienden al universo entero [y] recaen luego sobre el hombre, sobre sus juicios y deseos individuales y colectivos, sobre sus modos de pensar y sobre su comportamiento para con las realidades y los hombres con quienes convive. Tan es así esto, que se puede ya hablar de una verdadera metamorfosis social y cultural. (No. 4)

Esta profunda transformación, según se intuye en este texto, ha dado lugar a un nuevo tipo de individuo que podríamos denominar ‘sujeto líquido’. Partiendo de este contexto, este artículo tiene como principal objetivo analizar, los principales rasgos característicos de la sociedad actual y de los individuos que la conformamos, con el fin de ofrecer una visión amplia del mundo en el que crecen los jóvenes de hoy y de las influencias que éste ha ido generando en ellos. Este trabajo se adelantará teniendo como base los aportes del ya mencionado Zygmunt Bauman y de otros pensadores de la talla del Papa Francisco, Byung-Chul Han, Guilles Lipovetsky y Luis Duch.

1. “Nadie se baña dos veces en el mismo río” (Heráclito)²: Una sociedad en profundos, permanentes y acelerados cambios.

Nunca antes la célebre frase de Heráclito había tenido tanto sentido como en la actualidad. Los cambios que atraviesa hoy el planeta son tan acelerados y vertiginosos que, como señala Bauman (2005a) “la vida líquida, como la sociedad moderna líquida, no puede mantener su forma ni su rumbo durante mucho tiempo [pues] las condiciones de actuación de sus miembros cambian antes de que las formas de actuar se consoliden en unos hábitos y en unas rutinas determinadas” (p. 9). Esta parece ser, sin duda, la característica más representativa de nuestra actual realidad: ser un “mundo líquido” que produce “vidas líquidas”, “individuos líquidos”, “ideas líquidas”, “relaciones líquidas”, “amores líquidos”, etc.

Desde este punto de vista, podemos afirmar que los hombres y mujeres de esta sociedad vivimos inmersos en un frenesí desbordante, en un constante estado de inestabilidad, en una era de ruido y de turbulencia donde la paz y la tranquilidad se ven asediadas no sólo por el estruendo ensordecedor de las convulsionadas ciudades, sino también por la angustia existencial que da el sentirse en un universo cambiante que amenaza la estabilidad y la seguridad de las naciones, los pueblos, las culturas y, en última instancia, la de cada individuo. Así lo expresa el filósofo y ensayista surcoreano Byung-Chul Han (2014): “Las prisas, el ajetreo, la inquietud, los nervios y una angustia difusa caracterizan la vida actual. En vez de pasear tranquilamente, la gente se apremia de un acontecimiento a otro, de una información a otra, de una imagen a otra” (p. 53).

En una sociedad así, la supervivencia y el bienestar de las personas depende de la rapidez con que éstas respondan a los cambios que les llegan atropelladamente. La vida no se detiene y, para seguir avanzando, como señala Bauman (2005a), “hay que modernizarse -léase- desprenderse” (p. 11), lo cual supone entrar en la lógica de la ‘desechabilidad’, pues “la alegría de ‘deshacerse’ de las cosas, de descartarlas, de arrojarlas al cubo de la basura, es la verdadera pasión de nuestro mundo” (Bauman, 2007b, p. 29). A algo similar apuntaba Lipovetsky (2020) cuando al referirse a la actual ‘sociedad de seducción’ afirmaba:

² Heráclito (1996), frag. 49a, p. 67.

En un mundo [como el nuestro] que rinde culto al mercado, al dinero, a la eficacia, ya solo conocemos la inmediatez del deseo, lo desechable, la precipitación en todo. El capitalismo ha hecho florecer una cultura ‘neobárbara’ que nos arrastra por la pendiente de la pérdida de civilización, destruyendo la gracia de las formas bellas, el saber vivir y el saber contemplar con lentitud (p. 20).

Esta lógica refuerza la llamada sociedad de consumo donde la mayoría nos hemos vuelto consumidores descontrolados, especialmente de todo lo novedoso o de lo que está de moda. La vida líquida “es una vida devoradora. Asigna al mundo y a todos sus fragmentos animados e inanimados el papel de objetos de consumo: es decir de objetos que pierden su utilidad (y por consiguiente, su lustre, su atracción, su poder seductivo y su valor) en el transcurso mismo del acto de ser usados” (Bauman, 2005a, pp. 18-19). De hecho, apunta Byung-Chu Han (2015), “Hoy en día, las cosas ligadas a la temporalidad envejecen mucho más rápido que antes. Se convierten en pasado al instante, y, de este modo, dejan de captar la atención” (p. 18). Por ello, a diferencia de las generaciones anteriores, los jóvenes de hoy no se caracterizan por ser acumuladores, forman parte, más bien, de la ya mencionada cultura de la ‘desechabilidad’, ya que “el consumismo de hoy no se define por la acumulación de cosas, sino por el breve goce de esas cosas” (Bauman, 2007b, p. 29).

Como efectos inmediatos de esta lógica de consumo y desechabilidad, emerge un individuo hedonista, pragmático y narcisista cuya preocupación fundamental es el disfrute del momento, de las cosas y las personas, negando el sacrificio, el esfuerzo y el compromiso. En palabras de Bauman (2005a), la sociedad contemporánea gira en torno a dos principios fundamentales: “la negación enfática de la dilación como virtud y del ‘aplazamiento de la satisfacción’ como precepto” (p. 85). De ahí que podamos afirmar que el ‘*carpe diem*’, de los latinos (Horacio, *Odas*), se ha convertido en un criterio de acción inmediata para los tiempos actuales, puesto que “cuando nada es más importante que vivir mejor aquí y ahora, las ideologías del sacrificio por el futuro pierden inevitablemente su antigua legitimidad” (Lipovetsky, 2020, pp. 343-344). Atrapar el día, vivir el momento, son las consignas del hombre contemporáneo.

2. “Primero yo, segundo yo, tercero yo”: Individualismo líquido

Otro de los rasgos característicos del mundo contemporáneo es el marcado individualismo que se evidencia en gran parte de las personas que lo integramos, especialmente de las generaciones más jóvenes. Es por eso por lo que podríamos afirmar que vivimos en la sociedad del “primero yo, segundo yo y tercero yo”. Los hombres y mujeres de hoy “crecen en la lógica del individualismo pragmático y narcisista” (CELAM, 2007, #51). Esto hace que “se deje de lado la preocupación por el bien común para dar paso a la realización inmediata de los deseos de los individuos, a la creación de nuevos y, muchas veces, arbitrarios derechos individuales” (CELAM, 2007, #44). El ideal que se presenta es la realización personal a toda costa como máxima de vida, convirtiéndose el subjetivismo en el criterio último de decisión y poniéndose la libertad individual por encima de la alteridad.

Consecuencia de esta mentalidad individualista es, por un lado, la marcada autorreferencia del individuo y por otro lado, la indiferencia de este frente al otro, del que no se siente directamente responsable. Y es que, pese a que cada vez toman más fuerza movimientos preocupados por la guerra, la migración, la pobreza, el desastre ecológico, etc., aún seguimos viviendo en una sociedad “que cuestiona el valor de sacrificar satisfacciones individuales en aras del bienestar de un colectivo o de una causa (...) de ahí que se tienda a reemplazar esos ideales por los valores de la gratificación inmediata y de la felicidad individual” (Bauman, 2005a, p. 65). Al respecto el Papa Francisco en la encíclica *Fratelli Tutti* sostiene:

Los conflictos locales y el desinterés por el bien común son instrumentalizados por la economía global para imponer un mundo cultural único. Esta cultura unifica al mundo, pero divide a las personas y las naciones (...) Estamos más solos que nunca en este mundo masificado que hace prevalecer los intereses individuales y debilita la dimensión comunitaria de la existencia. (2020, #12)

En contraste con esta visión, el filósofo y escritor español José María Bautista (2015) propone una lectura más optimista de la realidad. Para este autor este fenómeno es más bien “una oportunidad de nueva humanización” (p. 163), pues los vínculos se establecen y consolidan allí donde se da un verdadero proceso de personalización, esto es, un proceso

donde “la familia, la amistad, la pareja, la empresa, tienen sentido mientras sean un espacio de afirmación de las personas que la componen” (Bautista, 2015, p. 164). La razón fundamental de esta postura está en el cambio de paradigma que ella supone. En la sociedad sólida, por ejemplo, las personas estaban al servicio de instituciones fuertes, pero en la sociedad líquida, las instituciones están al servicio de las personas, así pasa, por ejemplo, en la familia, donde ésta, “la familia líquida, es una especie de Estado federal, que mima, respeta, y potencia la autonomía de sus miembros” (Bautista, 2015, p. 164).

En este orden de ideas, destaca Bautista (2015), los jóvenes de hoy, desde muy chicos, “trabajan en red, no individualmente” (p. 148). Su generosidad se manifiesta en el compartir sus conocimientos, sus descubrimientos, sus innovaciones y hasta su propia vida: “La generación social-media ha aprendido que cuanto más comparte, más recibe, más contactos, más ideas. No tienen miedo a ser copiados, a perder valor. La inteligencia compartida siempre es superior a la individual” (Bautista, 2015, p. 169). Detrás de ese interés por compartirlo todo, por exponerlo todo, por entablar contacto con todo aquel que le valore y le preste atención, hay una mentalidad abierta, que sin que ellos lo sepan a ciencia cierta “carcome los cimientos de madera de una civilización asentada en una forma lógica y matemática de pensar, construir y comunicar” (Bautista, 2015, p. 32). Esta nueva manera de ver el mundo lo expresa formidablemente este autor al poner en labios de los jóvenes estas elocuentes palabras:

Somos la generación *transracional*. Nuestros mecanismos de pensamiento son distintos, más bien contrarios a los que tu manejas. Preferimos que nos muestres a que nos demuestres, así que no pierdas el tiempo. Los datos, los indicadores, las autoridades nos resbalan. Mienten. (...) ¡No tenemos *TDAH*! ¡No estamos enfermos! ¡No somos dispersos, distraídos, hiperactivos! Sólo queremos ver las cosas de otra manera (...) ¿Somos distraídos? No, sólo estamos atraídos por cosas que no ves. (...) Somos la primera generación en la historia que nacemos ya inmersos en un mundo digital. (Bautista, 2015, pp. 14-15)

3. “Mataron el tigre y se asustaron con el cuero”: Sociedad temerosa y desencantada

Paradójicamente, los seres humanos del siglo XXI vivimos en un mundo que hemos aprendido a controlar, pero con una sensación de inseguridad y miedo que nos va dominando. La ciencia y la tecnología han proporcionado a la humanidad herramientas capaces de moldear el mundo a su antojo, predecir con relativa precisión lo que sucederá, manipular las

diversas variables de los fenómenos, incluso de la vida misma, y monitorear la realidad, etc. Sin embargo, los acelerados y vertiginosos cambios de los que hemos venido hablando hacen que la gente tenga miedo, miedo a perder su trabajo, su familia, su tierra, sus propiedades, su vida; miedo a la quiebra de su empresa; miedo a morir en un atentado terrorista; miedo a que se desate una guerra nuclear; miedo al desprestigio en las redes sociales; miedo, en última instancia, a perder su seguridad y tranquilidad:

El terreno sobre el que supuestamente descansan nuestras perspectivas de vida es sin duda inestable, como también lo son nuestros empleos y las empresas que los ofrecen, nuestros compañeros y nuestras redes de amigos, la situación de la que disfrutamos en la sociedad y la autoestima y la autoconfianza que se derivan de aquella. (Bauman, 2005a, p. 93).

Por otro lado, el progreso y desarrollo científico y tecnológico, otrora visto como la panacea y la solución a gran parte de los problemas sociales, genera hoy una profunda angustia ante la posibilidad de quedarse rezagado. Esta sensación de vértigo que produce el ritmo acelerado del cambio hace que el ser humano se sienta inseguro y desprotegido y vea el mundo con recelo, con incertidumbre, con desconfianza e incluso con desencanto. Ya no existen territorios estables, empleos seguros ni estructuras familiares fijas; vivimos en una ‘vida líquida’, dentro de una sociedad igualmente ‘líquida’. La humanidad ha entrado en una etapa de ‘nomadismo’, contexto donde siempre es necesario tener la maleta lista, evitando echar raíces, porque el futuro es incierto... Estos sentimientos de angustia, desilusión e incluso desesperanza, se intensifican progresivamente, impregnando el ambiente y creando una atmósfera de pesimismo y desasosiego. Todo ello “hace que el mundo parezca más traicionero y temible y desencadena más acciones defensivas [...] Nuestros miedos se perpetúan y se refuerzan cada vez más a sí mismos. Además, han adquirido ya impulso propio” (Bauman, 2005a, p. 94).

Un ambiente así se convierte en un terreno fértil para la maquinaria económica que ve en ello un espacio propicio para generar rentabilidad. Nunca antes las empresas o estrategias que venden o prometen seguridad -como la industria de las armas, los seguros, las cámaras y el personal de vigilancia, etc.- habían tenido tanto auge y éxito. Grandes empresarios y políticos entendieron muy bien que “el capital del miedo puede ser

transformado en cualquier forma de rentabilidad, ya sea económica o política” (Bauman, 2005a, p. 95). De este modo, resurge la “sociedad de consumo” que encuentra en hombres y mujeres temerosos y angustiados un nicho de mercado sumamente lucrativo para vender productos o servicios que les brinden la paz y seguridad que tanto anhelan y buscan.

Una realidad de tales dimensiones ha ido despertando cada vez más la desconfianza hacia los demás, percibiéndolos no sólo como una amenaza para la integridad física sino también para la seguridad laboral, la tranquilidad familiar o la estabilidad emocional, lo cual ha hecho que en muchas ciudades y pueblos -especialmente en aquellos asediados por grupos al margen de la ley- la espontaneidad, la generosidad, la sana camaradería se vayan perdiendo y con ellas la alegría y la amabilidad. Y es que vivir en un escenario donde casi todos son vistos como potenciales agresores, obliga a estar a la defensiva, a resguardarse y a encerrarse. Así lo han entendido muy bien los arquitectos e ingenieros, quienes, a la hora de diseñar las ciudades o los barrios, buscan la manera de ir poniendo barreras, de ir aislando a la familia de los peligros externos, y de ir apartando a los hijos de la llamada ‘contaminación social’:

La arquitectura del miedo y de la intimidación se extiende a los espacios públicos urbanos y los transforma infatigable, aunque subrepticamente en áreas cerradas vigiladas y controladas las veinticuatro horas del día [...] Las formas más comunes de fortificación defensiva son las cada vez más populares zonas residenciales de acceso restringido con sus correspondientes vigilantes y monitores de video. (Bauman, 2005a, p. 100)

En ese mismo sentido el Papa Francisco, al referirse a la cultura de miedo que está imperando, afirmaba que hoy:

Se crean nuevas barreras para la autopreservación, de manera que deja de existir el mundo y únicamente existe ‘mi’ mundo [de tal forma que] aparece la tentación de hacer una cultura de muros, de levantar muros, muros en el corazón, muros en la tierra para evitar este encuentro con otras culturas, con otras personas. (*Fratelli Tutti*, 2020, #27)

Si a lo anterior se suma el impacto de las redes sociales y los dispositivos de telecomunicaciones -especialmente el teléfono móvil o celular-, es evidente que la vida familiar y las relaciones interpersonales han sufrido un fuerte deterioro. Este fenómeno ha

dado lugar a una ‘vida comunitaria virtual’ que, paradójicamente, acentúa la soledad del individuo. Podría decirse, entonces, que el ser humano contemporáneo se ha convertido en un “ser solitario” dentro de una aldea global de intercomunicaciones virtuales, donde “los medios de comunicación han invadido todos los espacios y todas las conversaciones, introduciéndose también en la intimidad del hogar” (CELAM, 2007, #39) y donde -como señala el Papa Benedicto XVI (2009)-, “la sociedad cada vez más globalizada nos hace más cercanos, pero no más hermanos” (*Caritas in veritate*, #655).

A pesar de esta visión algo pesimista de la humanidad, surgen voces disonantes, como la de Bautista (2015), que buscan rescatar una perspectiva más optimista, especialmente en lo que respecta a los jóvenes. Este autor sostiene, de hecho, que la juventud actual pertenece a “la generación del autoaprendizaje, porque es una generación autoconstructiva. Son curiosos, son buscadores, exploradores, sin miedo” (p. 134). Y, aunque pueda parecer poco creíble, según este pensador español, los videojuegos son precisamente uno de los mecanismos que más han potenciado en los jóvenes las capacidades necesarias para afrontar la realidad que los circunda:

Los videojuegos entrenan otro tipo de habilidades existenciales que tienen que ver con la resiliencia, con los compromisos *Flow*, con la capacidad de resistir horas y horas persiguiendo un objetivo, a primera vista invisible, imposible, intangible... que poco a poco se convierte en alcanzable y en logro (...) Los videojuegos entrenan la capacidad de tomar decisiones, de asumir riesgos, de jerarquizar alternativas, de generarlas, de resolución de problemas, por lo tanto mejoran las habilidades creativas. (Bautista, 2015, p. 38)

Es esta una generación con “un pensamiento líquido que no quiere dejarse aplastar” (Bautista, 2015, p. 40). Y no quieren dejarse aplastar porque, aunque se les haya tildado de “ser una generación perdida en el limbo de las redes sociales, cómodamente instalada en casa de sus padres [y] algunos llegaban al insulto con etiquetas como ‘generación ni-ni’” (Bautista, 2015, p. 203), ellos son simplemente una generación divergente:

La generación *divergente* es crítica, inconformista, cuestiona todo lo dado, aunque lo dado lo hayan dado ellos mismos minutos antes. Manejan múltiples múltiplos de todo, múltiples

perspectivas, múltiples ideas, incluso contradictorias, múltiples espacios, dispositivos, tareas.
(Bautista, 2015, p. 44)

Y es esto lo que los hace fascinantes y diferentes, porque como apunta Byung-Chul Han (2014), estas nuevas generaciones ya no son “meros receptores y consumidores pasivos de informaciones, sino emisores y productores activos (...) El medio digital no sólo ofrece ventanas para la visión pasiva, sino también puertas a través de las cuales llevamos fuera las informaciones producidas por nosotros mismos” (p. 34).

4. “Que si vengo, que no voy; que si estoy, que me pierdo” (*Aterciopelados*): Amor y relaciones líquidas ...

Una de las repercusiones más evidentes de esta mentalidad líquida de la actual sociedad, se manifiesta en las relaciones humanas, especialmente en el amor. El tradicional “los declaro marido y mujer hasta que la muerte los separe” ha sido remplazado por “nos declaramos amor hasta que nos cansemos o nos aburramos el uno del otro”; de ahí que se pueda hablar hoy de amores líquidos e incluso de relaciones humanas líquidas. Los hombres y mujeres de esta generación que transita entre finales del siglo XX y principios del XXI, aunque se sienten:

Desesperados al considerarse fácilmente descartables y abandonados (...) desconfían todo el tiempo del ‘estar relacionados’ y particularmente de estar relacionados ‘para siempre’ (...) porque temen que ese estado pueda convertirse en una carga y (...) pueda limitar severamente la libertad. (Bauman, 2005b, p. 8)

La consabida frase de que “el verdadero amor es eterno” ha perdido su vigencia pues “los vínculos humanos actuales suelen ser considerados frágiles, inestables y tan fáciles de romper como de crear” (Bauman, 2007, p. 145). Los criterios de la actual ‘modernidad líquida’ de consumo indican que no existe necesidad ni razón alguna que justifique los compromisos a largo plazo o los vínculos duraderos, pues éstos crean unos lazos paralizantes y una cierta dependencia que va en contra de la individualidad y la libertad que ella tanto pregona. Y es que cuando el ser humano emprende una relación se enfrenta a dos impulsos que aparentemente son antagónicos, pero que en realidad se complementan. Se trata de los impulsos de la libertad y el del anhelo de pertenencia:

Es así como ambos impulsos se funden y se mezclan en la absorbente y consumidora tarea de ‘crear una red de conexiones’ [que promete] una navegación segura entre los arrecifes de la soledad y del compromiso, entre el flagelo de la exclusión y la férrea garra de los lazos asfixiantes, entre el irreparable aislamiento y la atadura irrevocable. (Bauman, 2005b, p. 54)

En este, como en otros aspectos de la vida humana, los avances científicos y tecnológicos, especialmente los relativos a las telecomunicaciones y en ellos a la *internet* y a los teléfonos celulares, han ejercido mucha influencia. Gran parte de las comunicaciones hoy en día, se dan a través de medios electrónicos: “Evitamos cada vez más el contacto directo con las personas reales, es más con lo real en general. El medio digital hace que desaparezca el enfrente real (...) En la actualidad, desaparece cada vez más el rostro que está enfrente, que me mira, me afecta” (Byung-Chul Han, 2014, pp. 42, 43). Así, por ejemplo, muchas de las instrucciones en las empresas ya no se transmiten de forma personal sino por medio del correo electrónico o aplicaciones como el *WhatsApp*, los diálogos de pareja han pasado de la sala o la alcoba al teléfono móvil, mientras que las amistades se construyen y descartan con mayor facilidad ‘*online*’, como si de un producto de supermercado se tratara. Como afirma Ignacio Madera (2017), en el mundo contemporáneo “emerge como un monstruo adormecedor, el abuso de las nuevas tecnologías, hasta convertirse en aparatos y utensilios que sustituyen la relación humana, el frente al frente, el cara a cara” (p. 85). Así como sucede con los productos que se adquieren en el mercado, que después de ser usados o descartados por no cumplir con las expectativas que ofrecían, las relaciones humanas y sociales han entrado en ese ámbito de *consumismo* y los seres humanos se volvieron productos que pueden ser adquiridos o desechados cuando el sujeto así lo quiera o cuando considere que ya no le son útiles o son un estorbo. Esa fragilidad de las relaciones mitiga el riesgo o el peligro de “hacer un nudo que a la larga apriete, y la probabilidad de permitir que se cosifique como esas cosas cuyo tiempo ‘ya pasó’, que alguna vez fueron atractivas, pero hoy producen rechazo, ocupando espacio en nuestro hábitat o limitando nuestra libertad” (Bauman, 2007a, p. 145).

La manera como hoy se están manejando las relaciones humanas está mediada, en gran parte, por el uso del *WhatsApp*, aplicativo que se ajusta perfectamente a la lógica del consumo. En efecto, dicha herramienta virtual permite al usuario aceptar o rechazar a quien

quiera, responder un mensaje si la persona es de su agrado o bloquearla si no lo es, o si ya se cansó de *chatear* con ella cortarle la conversación o también enviarla al ‘cesto de la basura’ donde están las personas indeseadas o aquellas que ya perdieron su lustre. Como indica Bauman (2005b): “A diferencia de las ‘verdaderas relaciones’, las ‘relaciones virtuales’ son de fácil acceso y salida. Parecen sensatas e higiénicas, fáciles de usar y amistosas con el usuario” (p. 13).

Al convertirse en un producto que ‘se compra y se vende’, que ‘se toma y se deja’, el amor y las relaciones interpersonales se convierten objeto de explotación por parte de la publicidad y, por ende, de la maquinaria económica. Al igual que cualquier otro elemento del mercado, tanto el amor como las relaciones humanas y el sexo son presentados con las características atrayentes que todo buen ‘consumidor líquido’ quisiera ver en una mercancía: de uso inmediato, que dé soluciones rápidas a los problemas, que genere satisfacción instantánea (el placer no se puede aplazar), que contenga recetas infalibles y seguro contra todo riesgo, posibilidad de devolución si no satisface las expectativas y, sobre todo, que pueda ser desechado fácilmente. Este tipo de ‘productos’ resultan irresistibles porque ostentan cualidades que prometen “deseo sin espera, esfuerzo sin sudor y resultados sin esfuerzo” (Bauman, 2005b, p. 22).

En este fugaz escenario, el amor se transforma en algo endeble, pasajero y las promesas de compromiso se vuelven efímeras y no significan nada porque al igual que el amor, las palabras sobre las que se cimentó también son frágiles. En la sociedad líquida, las palabras también se volvieron ‘líquidas’, su solidez se perdió:

Compromisos en apariencia firmes y acuerdos firmados con solemnidad pueden ser anulados de la noche a la mañana. Y las promesas -o la mayoría de ellas- parecen hacerse con el único fin de ser luego incumplidas o desmentidas, confiando en la brevedad del lapso de la memoria pública. No parece haber ninguna isla estable y segura entre tanta marea. (Bauman, 2005a, p. 158)

Esta característica de la actual sociedad fue también considerada por el filósofo Byung-Chul Han (2014) en su obra *El Aroma del tiempo*, en la cual señalaba:

En la actualidad, cada vez se desmoronan más estructuras sociales que antes proporcionaban continuidad y duración (...) Las prácticas sociales tales como la promesa, la fidelidad o el compromiso, todas ellas prácticas temporales que crean un lazo con el futuro y limitan un horizonte, que crean una duración, pierden importancia. (p. 37)

En ese sentido podría afirmarse que esta alergia al compromiso tiene también otro origen, además del ya mencionado hedonismo, esto es, el miedo al futuro. Como se ha señalado en párrafos anteriores, el vertiginoso cambio de las condiciones sociales, laborales, empresariales, familiares, etc., ha llevado a que las personas vean el futuro con incertidumbre y temor puesto que:

En un mundo que ya no es capaz de ofrecer caminos profesionales confiables ni empleos fijos, con gente que salta de un proyecto a otro y se gana la vida a medida que va cambiando, firmar una hipoteca con cuotas de valor desconocido y a perpetuidad [como casarse o tener un hijo] implica exponerse a un nivel de riesgo atípicamente elevado y a una prolífica fuente de miedos y ansiedades. (Bauman, 2005b, p. 64)

En un panorama así, los seres humanos prefieren las relaciones livianas, el sexo a la carta y sin compromiso, convirtiéndose esta clase de comportamientos en “el modelo predominante, en la meta ideal de las relaciones humanas” (Bauman, 2005b, p. 68). En ese sentido, el sexo se queda, en la mayoría de las veces, sólo en la gratificación y el placer del momento, en un producto del mercado que se adquiere a conveniencia, en el momento que se quiera y con quien se quiera, eso sí, si se está dispuesto a pagar la inversión que ello supone. Antes, en la sociedad sólida, “el amor y el deseo de procrear eran compañeros indispensables del sexo del *Homo faber*, así como las uniones duraderas que ese amor y deseo ayudaban a crear eran los productores principales y no ‘efectos colaterales’ y menos aún los desechos o despojos de los actos sexuales” (Bauman, 2005b, p. 71).

5. “Soy ateo, gracias a Dios”: Religiosidad líquida sin religiones sólidas

Una de las principales características de la sociedad actual, como se ha venido afirmando, es la exaltación del individuo, lo que ha llevado a una reivindicación y emancipación del sujeto frente a instituciones como el Estado, las religiones y las Iglesias. Cada vez resulta más evidente el distanciamiento del hombre contemporáneo frente a aquellas estructuras que lo coartan, lo condicionan e incluso manipulan. La religión, especialmente la cristiana, que otrora determinaba qué se debía hacer o no hacer, qué se debía pensar o no pensar, qué se

debía leer o no leer, qué se debía creer o no creer, ha dado paso a una mentalidad más secular y profana. Este cambio ha dado lugar a una sociedad laica en la que las normas y los criterios dictados por las instituciones eclesásticas tienen menos incidencia en la vida política, económica, social y cotidiana de los ciudadanos. Esta transformación ha originado una revolución en la que “la religión, al menos aparentemente, ha perdido la importancia política, social y cultural que tuvo en otros tiempos, y se ha convertido en un fenómeno casi exclusivamente vivido y celebrado por el individuo en el santuario de la propia individualidad” (Duch, 2012, p. 65). No es que las personas hayan dejado de creer en un ser superior, sino que, o dejaron de creer en las instituciones que lo representan o prefieren buscarlo de manera individual según sus intereses y necesidades. Así lo deja entrever Lluís Duch (2012):

En una situación como la actual (...) la determinación de lo que, aquí y ahora, es la religión ya no es tanto una cuestión del sujeto colectivo y de las centrales eclesásticas que antaño ejercían un rígido control, a menudo con la ayuda del brazo secular, sino que se trata más bien de un asunto que atañe (...) a la esfera de la conciencia individual, al fuero interno de hombres y mujeres, a una intimidad que es inaccesible a la supervisión y al control de los aparatos eclesásticos y civiles. (p. 20)

El resultado de todo este movimiento ha sido una “religión a la carta”, y por ende un “mercado de religiones”. Por un lado, una ‘religión a la carta’ que busca satisfacer la sed de Dios, una religión que tiene la receta original y precisa para cambiar la vida del hombre y la humanidad, una religión que promete ser la solución a todos los problemas de la gente, en fin, una religión “articulada de acuerdo con las necesidades y preferencias del propio yo, de sus conflictos personales, de sus intereses privados, de su presunta autonomía e, incluso, de las extrañas demandas, ficticias o reales, de su inconsciente” (Duch, 2017, p. 10). Por otro lado, un mercado de religiones que ofrece opciones para aquellos individuos que quieren vivir su religiosidad y su fe al margen de las instituciones eclesásticas tradicionales. Un paseo por el Parque de Lourdes en Bogotá un domingo a medio día ilustra esta realidad, donde diversos grupos religiosos -*pentecostales, Hare Krishna, Evangélicos, New Age* y uno que otro profeta loco y despistado-, se dan cita allí para promocionar su religión como ‘una mercancía’ que tiene la solución a todas las angustias, los problemas e inquietudes del ser humano. Son grupos religiosos:

cuya marca de fábrica es, con cierta frecuencia, una profunda psicologización, que tiene como correlato obligado un individualismo casi siempre herméticamente cerrado sobre sí mismo -la llamada ‘cultura del yo’- ante las demandas y necesidades de nuestros contemporáneos; individualismo que, en múltiples ocasiones, está centrado obsesivamente en la praxis terapéutica. (Duch, 2017, pp. 8-9)

El cambio en el sujeto religioso ha sido significativo. De ser un ‘nosotros colectivo’ ligado a una institución eclesial, se ha transformado en un ‘sujeto individual’ que “descubre lo religioso con la ayuda de mediaciones hasta ahora inéditas y en lugares insólitos” (Duch, 2012, p. 38). Lo que existe hoy, entonces, es un desencantamiento hacia las Iglesias, pues se les considera paquidérmicas, anticuadas, monótonas, aburridas y desconectadas de la realidad social. Según W. Benjamín, citado por Lluís Duch en su libro *El Exilio de Dios*, las prácticas religiosas actuales:

Se han reducido a incoherentes amontonamientos de gestos rutinarios que son el resultado de una combinación, en algunos casos bastante caótica y con rasgos folclóricos, de conceptos e imágenes heredados de las religiones tradicionales, (...) y del impacto del individualismo segregado por el voraz e inhumano neoliberalismo imperante y su ‘religión del capitalismo’. (Duch, 2017, p. 9)

Efectos de esta mentalidad, según Lluís Duch, son -entre otros-: una religión individualista, una moral hecha a la medida, compromisos frágiles y endeble y una cierta alergia al esfuerzo y al sacrificio:

a) Una religión individualista donde las personas creen, esperan y hacen lo que quieren, religión ésta que “se ha convertido en un fenómeno casi exclusivamente vivido y celebrado por el individuo en el santuario de la propia individualidad” (Duch, 2012, p. 65), sin mediaciones eclesiales o grupales, sin líderes religiosos y sin normas esclavizantes. En segundo lugar, una moral hecha a la medida, “desvinculada de las relaciones con nuestras instituciones religiosas y políticas y de sus normativas y tomas de posición” (Duch, 2012, p. 205).

b) Una moral regida ante todo por el hedonismo y por la búsqueda de la felicidad como “valor supremo frente al cual todos los demás valores deben justificar su peso. [Una] felicidad aquí y ahora y en todos los ahora, (...) es decir, una felicidad instantánea” (Bauman, 2007a, p. 67) que al no tener límites ni barreras, no puede ser coaccionada ni

reprimida, no tiene normas ni leyes que la restrinjan, razón por la cual “muchos de nuestros contemporáneos (...) rechazan casi masivamente las mediaciones institucionales y la ‘lógica de la obediencia’ a las autoridades religiosas que antaño constituyeron la referencia obligada de la inmensa mayoría” (Duch 2012, p. 205). Lo que se ha dado, en palabras de Duch es una “destrucción de las barreras morales” (Duch 2012, p. 185) en las que todo está permitido, todo es posible y nada es prohibido si esto limita la libertad del hombre.

c) Por último, una religiosidad que le teme al compromiso y que siente alergia por el sacrificio, toda vez que, siendo el bienestar y la prosperidad individual, como lo señalábamos en el punto anterior, lo más importante, se tiende a reemplazar los ideales del heroísmo, del sacrificio y del martirio “por los valores de la gratificación instantánea” (Bauman, 2007a, p. 65) y de una “felicidad fácil y alcanzable por medios nada heroicos” (Bauman, 2005a, p. 66). Es por eso por lo que “los compromisos a largo plazo y los lazos de los que resulte difícil desligarse pueden suponer una pesada carga, un lastre que debe ser arrojado por la borda” (Bauman, 2005a, p. 144).

Desde otra perspectiva, pero igualmente significativa, José María Bautista tratando de explicar lo que ha pasado en el mundo de la fe en la juventud actual afirma que un número importante de jóvenes:

(...) Sólo creen en lo que es transparente [ya que] esta generación aprecia a las personas transparentes, sin trampas ni doblez. Aprecian a las instituciones transparentes, que están en la sociedad como una más, sin pretensiones, que no ocultan, manipulan. Prefieren saber quién está detrás, qué personas. Porque lo que les importan son las personas, no las instituciones. (Bautista, 2015, p. 59).

No quiere esto decir que las anteriores generaciones no tuviesen también esta consciencia, simplemente que los jóvenes de hoy lo han hecho más evidente.

Conclusión: “¿Todo tiempo pasado fue mejor?”

El anterior panorama crítico no pretende emitir juicios morales sobre si la sociedad actual es mejor o peor que antaño, sino mostrar una realidad que hay que analizar y entender para poder actuar en consecuencia, especialmente desde el ámbito formativo. Lo que se quiso poner en evidencia fueron algunos rasgos de la cultura actual para encontrar en ellos las luces

y sombras de una sociedad que busca reinventarse todos los días y responder a los retos que la realidad le impone. Luces y sombras de una sociedad de seres humanos ‘líquidos’, en los que prevalece la individualidad y el individualismo, pero que tienen una fuerte conciencia del propio yo, de la dignidad y de la libertad personal; luces y sombras de una sociedad en la que, debido a la fragmentación del conocimiento y de la verdad, no existen visiones de conjunto que la aglutinen; luces y sombras de una sociedad donde predomina el sentimiento frente a la razón y donde la vivencia del momento es más importante que los compromisos a largo plazo; luces y sombras de una sociedad frágil y débil que le teme a los sacrificios, al esfuerzo, al silencio y a la soledad; luces y sombras de una sociedad que busca la novedad, que tiene afán por consumir lo nuevo, lo que está ‘in’, lo del momento; luces y sombras de una sociedad que quiere vivir a su propio aire, sin restricciones, obstáculos o talanqueras y que rechaza de plano todo formalismo o imposición que no sea razonable; luces y sombras de una sociedad inteligente, creativa y creadora, pero con miedo al futuro, lo que se traduce en inconstancia e inestabilidad afectiva, laboral y familiar; luces y sombras de una sociedad pragmática y utilitarista que busca la eficacia visible e inmediata; luces y sombras de una sociedad consumista, que entró en la lógica de la rentabilidad a toda costa, que todo lo mide y lo valora en función del lucro; luces y sombras de una sociedad antirreligiosa, pero no atea que quiere encontrarse con Dios pero sin mediaciones institucionales; en fin, luces y sombras de una sociedad marcada por el ‘optimismo’ generado por el desarrollo, la ciencia y la tecnología, pero a la vez angustiada e inestable porque ve que los problemas que éstas prometieron resolver aún siguen agobiando al universo entero.

Este panorama, aparentemente sombrío, es una invitación a re-leer nuestra sociedad y el sujeto que en ella habita, desde una perspectiva diferente, esto es, desde una mirada crítica pero esperanzadora, capaz de descubrir lo que nos amilana, pero también lo que nos reta a encontrar nuevas vías de comprensión y acción. Esta nueva mirada nos ha de llevar a comprender que este ‘*sujeto líquido*’ no es propiamente un sujeto vacío, sino un individuo, en cierta manera vulnerable, pero con toda la disponibilidad para adaptarse creativamente y transformar su entorno, un individuo de vínculos erosionados pero que nos mueve a repensar la alteridad en clave de reciprocidad y *cuidado*, y un individuo que ha ido reconfigurando su

modo de ser y de creer y nos insta a vivir auténtica y transparentemente, y a proponer la fe y la ética con lenguajes más existenciales, cercanos y testimoniales.

Referencias

Bauman, Zygmunt, (2005a). *Vida líquida*. Paidós.

_____ (2005b). *Amor líquido*. Fondo de Cultura Económica.

_____ (2007a). *Vida de consumo*. Fondo de Cultura Económica.

_____ (2007b). *Los retos de la educación en la modernidad líquida*. Editorial Gedisa S. A.

Bautista, José María (2015). *Generación Y: ¿Cómo son los hijos y alumnos del siglo XXI?* PPC.

Benedicto XVI. Papa (2009). *Caritas in Veritate*. https://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/encyclicals/documents/hf_ben-xvi_enc_20090629_caritas-in-veritate.html

Byung-Chul Han (2014). *En el enjambre*. Herder.

_____ (2015). *El aroma del tiempo: Un ensayo filosófico sobre el arte de demorarse*. Herder.

Concilio Vaticano II, Constitución *Gaudium et Spes*.
https://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19651207_gaudium-et-spes_sp.html

Duch, Lluís, (2012). *La religión en el Siglo XXI*. Ediciones Siruela, S.A.

_____ (2017). *El Exilio de Dios*. Fragmenta Editorial.

Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. (2007). V Conferencia General, Aparecida (Brasil), 13-31 de mayo de 2007. (Documento de Aparecida).
<https://www.celam.org/aparecida/Espanol.pdf>

Francisco, Papa. Carta encíclica *Fratelli Tutti*. Editrice Vaticana.

https://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papafrancesco_20201003_enciclica-fratelli-tutti.pdf

Lipovetsky, Gilles (2020). *Gustar y emocionar: Ensayo sobre la sociedad de seducción*. Anagrama.

Madera, Ignacio (2017). Un tiempo fascinante y desafiante para la formación a la vida religiosa. *Revista Vinculum*, No. 268.